

## Presentación de un hombre y un libro muy especiales

El gran conjunto arquitectónico situado en la calle Alessandro Severo es una auténtica ciudadela, presidida por una basílica de imponente cúpula, sede del cuartel general de la Sociedad San Pablo de Roma. En la sala de la planta baja hace frío. Una estufa eléctrica libra una desesperada batalla contra el aire que se cuela a través de la puerta. Entra un hombre anciano un poco encorvado, con una cartera en la mano, y se apresura a decir: «No me voy a quitar el abrigo».

Es un espacio sobrio. Los muebles principales son una mesa de madera más que sencilla en el centro, unas sillas años sesenta, una butaca marrón de esas que estaban de moda hace treinta años, con brazos de madera y el respaldo un poco inclinado, tapizada en un color tostado, que, inevitablemente, recuerda la decoración socialista de los países del Este. En una esquina, zumba un gigantesco y vetusto frigorífico. En esa butaca se sientan los extraños pacientes de don Gabriele. Extraños porque padecen dolencias que nadie sabe identificar, entender ni curar. Desde luego, no la ciencia médica, que se da por vencida; tampoco quienes ya deberían estar familiarizados con lo ultraterreno y sobrenatural, o, cuando menos, deberían ser capaces de dejar una puerta abierta a todo ello y no lo hacen. Pero aquí ya entraríamos en materia, y antes quisiera hablarles un poco más del padre Amorth y del espacio en el que pasa la mayor parte de su tiempo, en un cuerpo a cuerpo —no sólo metafórico— con un adversario inexpugnable. Quisiera hablarles de este hombre de ochenta y cuatro años que hace veintitrés, en 1986, cambió radicalmente su vida e inició una aventura que hoy sigue apasionándole.

En las paredes hay pocas imágenes. Una gran fotografía del padre Giacomo Alberione, fundador de la Sociedad de San Pablo. Y otra foto, el retrato de un sacerdote de cabello claro, ojos tremendamente expresivos bajo la frente despejada y un corazón blanco bordado en la sotana negra, el *uniforme* de los religiosos pasionistas. Es el padre Candido Amantini, exorcista del santuario de la Escalera Santa de Roma durante cuarenta años y mentor de don Gabriele. Una escultura de la Virgen de Fátima, de más de un metro de altura, señorea desde la pared, al lado de una delicada imagen, probablemente barroca, del arcángel Miguel. Desde la butaca sonrío un rostro de Juan Bosco, junto a un padre Pío de mediana edad, dos santos que conocían muy bien a la presencia indeseada del despacho de Gabriele Amorth, es decir, al diablo. Digo ambos, aunque el demonio reservó a Pío de Pietrelcina atenciones muy especiales, que, técnicamente, se denominan *vejaciones*.

Don Gabriele es un hombre sonriente, de aire burlón; siempre ameniza la conversación con alguna broma. No tiene móvil, no sabe qué es Internet, no ve la televisión ni lee periódicos. «Durante las comidas mis hermanos me ponen al corriente de lo que pasa en el mundo.» Y sus pacientes lo informan de otros sucesos desagradables.

La impresión de entrar en un mundo distinto, en una dimensión fuera de lo habitual, es intensa. Y cada vez es más fuerte, según el anciano sacerdote va tirando del hilo de sus relatos y te habla de personas que, al principio, eran el prototipo de la visita sonriente, conversadora y afable, para luego, en cuestión de segundos, caer en trance y transformarse en seres gritones, de cuya boca salen babas y blasfemias, dotados de tal fuerza que seis o siete personas no bastan para inmovilizarlos; a veces es necesario atarlos a una camilla para impedir que se hagan daño a sí mismos y a los demás. Después, cuando finaliza la oración y termina el estado de trance, vuelven a ser personas normales y tranquilas.

En la sobria habitación situada en la planta baja de ese edificio romano, cuartel general de la flota editorial de la Sociedad San Pablo, la sensación de que los dos universos avanzan uno junto a otro, muy cercanos y paralelos, es palpable. Dos universos que de vez en cuando se tocan, produciendo un cortocircuito dramático causado por la Presencia de un poder maligno. Y lo más asombroso es la serenidad del cura que tienes delante, quien parece tener las llaves del puente que une ambos universos. Como si fuera lo más normal del mundo, te habla de alguien que babea y echa por la boca clavos de diez centímetros, e incluso puede que te los escupa a ti. Don Gabriele es una mina de recuerdos, experiencias y relatos. No sólo eso. Cuando la memoria le falla, acuden en su ayuda los recuerdos escritos en el boletín de la Asociación de Exorcistas (primero italiana, luego internacional). Un boletín de confección casera, redactado con una máquina de escribir portátil, del que se hacían varias decenas de copias. Don Gabriele puso a mi disposición esa memoria histórica, según creo inédita. En sus páginas, los sombríos combatientes de tan extraña guerra intercambiaban informaciones, experiencias y conocimientos útiles para el cuerpo a cuerpo con su Adversario. Junto al resultado de mis largas conversaciones con don Gabriele, también publico aquí dichos relatos, que muestran de forma concreta y tangible el sentido de una vocación y de un ministerio pastoral desempeñado en zonas límite, envueltas en el misterio.

Don Gabriele ofrece tres clases de testimonios (en los que siempre se omiten los nombres de los protagonistas, para evitar su identificación): experiencias que vivió personalmente, hechos acontecidos a otros curas que, al igual que él, luchan contra el Adversario y declaraciones de las víctimas. Sin embargo, tengo la impresión de que todos ellos pertenecen al padre Amorth, pues es *su* voz la que resuena en las circulares de la Asociación de Exorcistas, su creación más visible y duradera. Por eso, en vez de dividir el resultado de mis largas conversaciones con él en capítulos tradicionales, he preferido mantener y transmitir la sensa-

ción de un largo fluir de palabras y sentimientos, jalonado de relatos, testimonios y experiencias. Espero que su lectura resulte provechosa.

MARCO TOSATTI

## Un cambio radical

*Don Gabriele, el cardenal Poletti lo nombró exorcista en 1986, y lleva usted más de veinte años librando esta dura batalla. ¿Cómo cambió su vida ese hecho?*

La cambió radicalmente. Para empezar, antes escribía mucho. Era director de *Madre di Dio*, la revista mensual mariana de la Sociedad San Pablo; lo fui durante muchos años. Podríamos decir que mi especialidad es la mariología. Pero, a partir de 1986, mi vida cambió radicalmente y empecé a dedicarme de forma exclusiva a practicar exorcismos. Y, como veo que hacen muchísima falta y hay pocos exorcistas, trabajo siete días a la semana, mañana y tarde, incluso en Navidad y en Semana Santa. Es decir, que no hago nada más, excepto algún sermón a grupos grandes, sólo grupos grandes, sobre todo grupos de Renovación Carismática, o de Medjugorje (los dos movimientos a los que me dedico). Y, una vez al mes, doy una conferencia en Radio Maria, con preguntas y respuestas, de seis a siete y media de la tarde, una hora y media, el segundo miércoles de cada mes. Hace dieciséis años que doy esta especie de conferencia y veo que la gente aún no se ha cansado, aunque mi tema siga siendo el mismo: los exorcismos. Está claro que a la gente le interesan estas cuestiones, porque aprende de ellas. Recibo muchas cartas y llamadas de agradecimiento. Me hacen gran cantidad de preguntas; y muchos me dicen: «Nunca consigo hacerle mi pregunta». Hablo tres cuartos de hora; luego empiezan las llamadas con las preguntas. Y me doy cuenta de que, frente al gran silencio sobre el diablo, que a menudo procede de la misma Iglesia, los fieles y la gente corriente tienen un profundo deseo de saber.

En definitiva, fue un cambio radical, increíblemente radical. Hace años se me conocía como mariólogo (o *mareólogo*, vaya usted a saber...) y ahora soy conocido como exorcista. Sobre todo porque, al ver que había pocos exorcistas, se me ocurrió escribir libros y, por el éxito que han tenido, yo diría que la Virgen bendijo mi idea. Mi primer libro, *Habla un exorcista*, lleva veintiuna ediciones en Italia y ha sido traducido a veintitrés idiomas. Un éxito mundial, que me ha hecho famoso en el mundo entero. Me invitan a todos los países. En Polonia me dicen: eres muy famoso en Polonia. En Brasil: eres muy famoso en Brasil. Y lo mismo en Estados Unidos, etcétera, etcétera. Y soy famoso por mis libros, porque nunca he ido a esos lugares, ni voy a ir; tengo demasiado trabajo en Italia.

Luego se me ocurrió fundar la Asociación de Exorcistas. Primero sólo era nacional, pero luego se hizo internacional. En la primera reunión éramos doce; fue en 1991, en la iglesia de los Santos Pedro y Pablo, aquí, en Roma. A esa primera reunión me hubiera gustado que asistiera el padre Candido Amantini, que entonces aún vivía. Pero no, no se vio con fuerzas. El caso es que fuimos doce. Al año siguiente ya éramos más, y al siguiente el número había aumentado mucho. En 1994 la Asociación se hizo internacional, ya que asistían muchos curas extranjeros. Ahora soy presidente emérito de la Asociación, porque, después de varios años y de haber organizado diez congresos, pensé: mejor que el cargo sea rotativo. Ahora el presidente es Giancarlo Gramolazzo, aunque los miembros me nombraron presidente honorario vitalicio. Ya ve, tras unos años ejerciendo el oficio de exorcista, se me ocurrió fundar la Asociación Internacional. Y creo que la buena acogida que ha tenido, y el número siempre creciente de miembros, demuestran que el Señor ha bendecido esta iniciativa, haciéndola suya.

## Una batalla de caridad

*Comenzó usted a ejercer de exorcista a cierta edad, y ahora tiene más de ochenta años, de modo que no puedo evitar preguntarle si su tarea le resulta muy gravosa físicamente.*

Sí, claro, es gravosa, sobre todo porque me pasa algo muy raro: cada año tengo un año más... Ya tengo ochenta y cuatro años, los cumplí el 1 de mayo. No puede ser casual: estoy convencido de que nací el primer día del mes dedicado a María en honor de la Virgen.

Pues bien, volviendo a lo pesado que puede llegar a ser mi trabajo, lo que más cansa es ver la necesidad de la gente y la compasión que siento por ellos. Me encuentro con casos de enormes sufrimientos que se prolongan durante años. Y veo que los exorcismos les hacen mucho bien y con frecuencia los liberan por completo. San Alfonso de Ligorio, que entendía de estas cosas, decía: «No siempre se llega a la liberación total, pero siempre se obtiene un gran beneficio». Y es cierto. Algunas personas, aun sin estar completamente liberadas, han conseguido tal grado de autonomía que nadie nota su peculiar condición. Pueden llevar una vida *normal*, con su familia y su trabajo, y sólo necesitan visitarme una o dos veces al año para recibir exorcismos. Una o dos veces al año no son nada, sobre todo si pensamos que empezaron acudiendo una vez a la semana, y que quizá los teníamos que atar a una camilla. En cambio, ahora están muy cerca de la liberación total, vienen aquí solos y se sientan tranquilamente en la butaca.

En los casos más difíciles, al comenzar el proceso de exorcismo se producen manifestaciones tan violentas que necesito, al

menos, seis o siete personas que me ayuden a controlar los desahogos y reacciones del endemoniado.

Desde luego, el auxilio físico que prestan los colaboradores es muy importante (inmovilizan a los obsesos, o les limpian la cara y la ropa cuando babea, lo cual es muy frecuente), pero su ayuda también consiste en la oración que acompaña su acción durante el exorcismo. Además de estos colaboradores laicos, también asisten curas que desean aprender y perfeccionar su ministerio de exorcistas.



## Un trabajo arriesgado

Quisiera ofrecer al lector un primer testimonio de las manifestaciones que suelen acompañar los exorcismos. En esta ocasión voy a mostrar el poder y la utilidad del agua bendita a la hora de resolver un caso.

Un párroco, sacerdote de mi diócesis, me pidió que lo ayudara en el caso de una mujer trastornada. El día antes de mi llegada la mujer le dijo al párroco que yo no acudiría, pues me encontraría mal. Entonces yo ignoraba este hecho; el párroco me lo contó después. Al día siguiente, cuando estaba a punto de marcharme, me sentí mal de repente, debido a unos cálculos renales, y tuvieron que llevarme al hospital.

Unas semanas más tarde se produjo el encuentro. Al principio la mujer tenía todo el aspecto de ser una persona trastornada, aunque parecía simpática. Luego, según fuimos hablando, la vi cada vez más inquieta, más angustiada por mi presencia. De pronto, se levantó, se acercó al otro sacerdote, le echó los brazos al cuello, como una niña asustada, y dijo: «Protéjame de él». Le hice una señal al párroco para que la instara a sentarse.

Yo había puesto dos vasos en la mesa; uno contenía agua corriente, el otro, agua bendita. Le ofrecí a la mujer agua corriente; me dio las gracias y bebió. Al cabo de unos minutos le tendí el vaso del agua bendita. Bebió, y esta vez su aspecto cambió de golpe: de niña asustada pasó a ser una persona muy enfadada. Recalcando las palabras con un timbre de voz grave y fuerte, como si un hombre hablase en su interior, me dijo: «¡Te crees muy listo, cura!». Entonces empezamos la oración de exorcismo. Al cabo de una hora, al finalizar el rito, se produjo la liberación en la iglesia.

Voy a relatar ahora un segundo testimonio. Sólo hacía un año que me habían ordenado sacerdote cuando recibí una llamada de un hermano. Me pedía si podía ir a ayudarlo en el caso de una joven que acababan de llevarle a la rectoría. Al principio vacilé; tenía mis razones: acababa de reincorporarme a mi parroquia después de haber padecido una hepatitis durante seis semanas; además, tenía que officiar la misa de tarde, porque mi párroco estaba ausente, de modo que rechacé la *invitación*. Durante la celebración eucarística, tras dar la comunión a los fieles, tuve la sorpresa de oír una voz interior mientras guardaba el copón en el sagrario: «Estoy contigo», me dijo. Sentí que una nueva fuerza recorría mi cuerpo y supe que debía acudir junto al hermano que me había pedido ayuda.

Llegué a la rectoría. Después de una primera oración muy larga (casi tres horas), comprendimos que era un caso de auténtica posesión y llamamos al obispo, con el fin de pedir su autorización para utilizar los exorcismos necesarios. A continuación expondré algunos de los hechos que ocurrieron.

En determinado momento el cuerpo de la joven reptó tres metros por el suelo, como una serpiente. Varias personas que estaban con nosotros fueron testigos de ello. Recuerdo que por aquellos días tuve una horrible pesadilla. Me llevaban a una especie de cuarto de baño, en un barco que navegaba en alta mar. En el baño había tres personas: una señora rubia, completamente desnuda, cuyo rostro se iba transformado según se acercaba, hasta que le quedó media cara de animal y media de mujer. La segunda persona era un joven blanco con el pelo oscuro, que asía un palo; se acercaba a mí e intentaba estrangularme. La tercera era un hombre de color, pero no le veía la cara; parecía estar manteniendo relaciones sexuales con una mujer negra que ocultaba su rostro.

Al día siguiente, durante el exorcismo, averiguamos los nombres de estas tres personas y de otras, a través de la chica poseída. Antes de recibir la última señal de la expulsión de los demonios y de la victoria de Cristo sobre *Legión* —como dijo

llamarse el demonio que la poseía—, llegué tarde a la oración. Mientras me dirigía a la iglesia, mi coche se apartó suavemente de la calzada y se desvió hacia el césped. En ese momento yo conducía muy despacio, a unos quince kilómetros por hora. De nada sirvieron mis esfuerzos por volver a la carretera; el coche no me respondía. La joven poseída iba en el asiento de atrás, junto a una persona muy fuerte a quien pedí que me acompañara para inmovilizarla. Vi que la rueda delantera derecha se había pinchado, sin saber cómo. Llegamos tarde. Unos días después de la liberación, el cura que me había pedido ayuda tuvo un accidente de coche en el mismo sitio.

Mientras entraba en casa del sacerdote sentí la presencia del maligno en mi interior, listo para atacarme. Me volví y pude ver a una chica con unas tijeras en la mano, a punto de herirme. Bendito sea Dios, todo terminó gracias a su honor y su gloria. La joven poseída, tras una liberación completa, se casó, y vive feliz.

## Obispos incrédulos

*Hace tiempo usted dijo que había pocos exorcistas, y que muchas diócesis no tenían ninguno. ¿Hoy ha cambiado la situación?*

Por desgracia, la situación no ha cambiado: sigue habiendo muchos curas y obispos que no nos creen. Le he escrito una carta al Santo Padre, a ver qué se puede hacer al respecto. Me ha prometido un escrito de la Congregación para el Culto Divino, la única institución que puede redactar este tipo de documento, en el que se recomendará a los obispos que, como mínimo, tengan un exorcista en cada diócesis. El problema es que, durante años, muchas diócesis han dejado de practicar exorcismos (esto sería largo de contar) y, a consecuencia de ello, en la mayor parte de los seminarios, donde se forman los sacerdotes del mañana, ya no se habla del tema.

En los cuatro primeros siglos de la historia cristiana cualquiera podía hacer exorcismos; no existían exorcistas en el sentido en que los entendemos hoy, como curas que tienen una función ministerial concreta. Jesús dijo: «Arrojarán a los demonios en mi Nombre»; sólo había que creer en Él y obrar con fe. Y esto sigue siendo válido hoy. Por eso existen grupos de Renovación, y otras personas a título individual, que hacen algo que yo no llamo exorcismos —para diferenciarlos de los exorcismos en sentido estricto—, sino plegarias de liberación. Y la verdad es que si se hacen con fe son muy efectivas, tanto como los exorcismos en sentido estricto.

Pero volvamos a la historia: en los cuatro primeros siglos de la historia de la Iglesia todo el mundo hacía exorcismos. Después instituyeron el exorcistado como orden menor y sólo podían

ejercerlo los sacerdotes, concretamente los obispos. Hoy sigue funcionando así: los obispos son los únicos que poseen la facultad, el monopolio absoluto para nombrar exorcistas, o para retirarles el permiso de hacer exorcismos. Ahora bien, estos exorcismos, a los que llamo así porque los sacerdotes pronuncian una oración pública, no son las únicas iniciativas posibles para liberar a alguien del demonio. Siempre quedará la oración privada, que todo el mundo puede pronunciar, tal como nos enseñó Jesús.

## Países sin exorcistas

*¿Qué consecuencias tiene ese silencio sobre el diablo que, como usted dice, se guarda desde hace tiempo incluso en el seno de la Iglesia?*

La primera consecuencia es que me escriben desde muchos países lamentándose de la ausencia total de exorcistas. Y me refiero a países de primer plano, como Alemania, Austria, Suiza, España o Portugal, por citar sólo algunos. En estos países no hay exorcistas. Muchos fieles me escriben porque quieren venir a Roma a recibir mis exorcismos. Sólo que no puede ser, porque estoy desbordado de trabajo, de casos. Por eso los remito a grupos de Renovación, o a curas que hagan plegarias de liberación; si se hacen con fe tienen el mismo efecto que los exorcismos propiamente dichos, como he explicado antes.

Al hilo de todo esto, me gustaría señalar que en la vida de muchos santos hay numerosos episodios que testimonian cómo éstos, sin ser exorcistas, liberaban a la gente del demonio. Mencionaré a un santo que no ha sido nombrado oficialmente patrón de los exorcistas, pero al que se suele considerar protector de este colectivo: san Benito. Pues bien, san Benito no era sacerdote ni exorcista. Era monje, pero sus plegarias de liberación eran muy efectivas. Otro caso: santa Catalina de Siena. Cuando los exorcistas no conseguían liberar a alguien, se lo mandaban a santa Catalina, que no era cura ni exorcista; ella rezaba y con su fe obtenía liberaciones portentosas. Lo mismo hacían otros hombres y mujeres con su fe y su santidad. También hay testimonios de que el padre Pío, que nunca fue exorcista oficial, liberó a varias personas de la influencia y acción del maligno.

## Una batalla en dos frentes

*Usted libra una batalla por partida doble, en dos frentes: contra el adversario de siempre y contra el silencio o incredulidad de la propia Iglesia.*

Sí, una batalla para persuadir a los miembros de la Iglesia. Hasta el siglo XII todo fue bien, porque había muchos exorcistas en todas las diócesis. Luego empezó lo que yo llamo el período de locura, en el que algunos miembros de la Iglesia autorizaban las torturas a herejes. Después otro período, en el cual autorizaron que los herejes fueran entregados al *brazo secular*, es decir, a la justicia de los estados, y que los quemaran vivos en la hoguera. Semejante barbarie duró varios siglos. Es evidente que adoptaron medidas exageradas contra la herejía, hasta el punto de que, durante mucho tiempo, dejaron de hacer exorcismos y mandaban a los endemoniados directos a la hoguera. Con todo, se han conservado documentos de los pocos clérigos que aún hacían exorcismos. Por ejemplo, hubo un obispo francés que no quiso condenar a la hoguera a una monja poseída por el diablo (una auténtica bruja) y la mandó exorcizar. Necesitaron dos años para liberarla, pero luego vivió santamente el resto de su vida. Era una posesión en toda regla, lo cual se da muy pocas veces; son mucho más habituales otras manifestaciones y acciones diabólicas.

Hablando de persecuciones a herejes y poseídos, recuerdo que una vez, en Radio María, me preguntaron si san Carlos Borromeo había condenado a gente a la hoguera. Y sí, es cierto, según algunos testimonios, Borromeo lo hizo, porque la santidad no exime a nadie de la mentalidad propia de su época y él, aun siendo santo, condenó a personas que acabaron en la hoguera.

En aquella etapa no se hicieron exorcismos y, en época moderna, como reacción a los absurdos y atrocidades cometidos en el pasado, tampoco se hizo nada. Así, en la mayoría de los seminarios no se hablaba del infierno ni del demonio y hoy en día en muchos todavía no se habla de exorcismos.

Por eso hay tantos curas que no creen en ellos, y tantos obispos... Sí, obispos. Algunos curas llegan a obispos y siguen sin creer; incluso declaran públicamente que el infierno y el demonio no existen. Sin embargo, Jesús habla con profusión de ambos en el Evangelio. Y yo me pregunto: ¿no se lo han leído, o es que no creen en nada de esto?

En cuanto al hecho de que el propio Jesús sanara a muchos *endemoniados*, estos incrédulos afirman que dicho término es un producto del lenguaje y la cultura de aquella época, en la que llamaban endemoniados a simples enfermos. Pero lo cierto es que el Evangelio diferencia claramente ambos casos, es decir, cuando Jesús sana enfermos de cuando libera a personas del demonio. También diferencia con gran claridad el poder de sanar y el poder de expulsar a los demonios. Y su mensaje final es: id, predicad mi palabra, expulsad a los demonios y sanad a los enfermos.